

Byron Salas

MANSEDUMBRE




EDITORIAL
UCR


Colección
LIRA
COSTARRICENSE

Byron Salas

MANSEDUMBRE


EDITORIAL
UCR

Acerca de los libros digitales

- Las opciones de visualización y funcionalidades de un libro digital dependen de las capacidades de la aplicación que se utiliza para la lectura de libros digitales.
- La aplicación utilizada para lectura de libros electrónicos en formato ePub puede alterar la integridad física de poemas.
- La Editorial UCR ha hecho lo posible por asegurar que los URLs de sitios externos a los que se hace referencia en este libro son correctos y están activos en el momento de la publicación de este libro digital. Sin embargo, no es responsable de estos sitios web, por lo que no puede garantizar que seguirán estando activos o manteniendo contenido apropiado.
- Consulte las respuestas a preguntas frecuentes sobre libros digitales en [nuestro sitio web](#).

CC.SIBDI.UCR - CIP/4244

Nombres: Salas Viquez, Byron, 1993- , autor.

Título: Mansedumbre / Byron Salas.

Descripción: Primera edición digital. | San José, Costa Rica :
Editorial UCR, 2025. | Colección Lira costarricense.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-241-5** (PDF)

Materias: LEMB: Poesía costarricense. | Literatura costarricense.

Clasificación: CDD CR861.5--ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición impresa: 2025.

Primera edición digital (PDF): 2025

© Editorial Universidad de Costa Rica,

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr

www.editorial.ucr.ac.cr

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de la obra o parte de ella, bajo cualquier forma o medio, así como el almacenamiento en bases de datos, sistemas de recuperación y repositorios, sin la autorización escrita del editor.
Hecho el depósito de ley.

ÍNDICE

9

Una nube y un gusano

15

Médanos

71

Amado Cler

99

Mansedumbre

185

Notas

UNA NUBE Y UN GUSANO

escribí que aquel lugar quedaría para siempre
entre *los pueblos de la madrugada del alma*
y no he podido quitarme de encima esa
expresión
opaca para mí,
opaca pero al mismo tiempo rotunda como el
relámpago
dentro de la nube violácea
que hemos visto crecer esta tarde sobre los
espaveles,
y he pensado entonces
que en esa frase prima lo segundo y no lo
primero:
vivo, David, con usted y con mis amados
animales
en *la madrugada del alma*,
en esa fisura en que las cosas están húmedas y
destellan
aunque nunca haya llovido,
aunque nadie sepa a qué se le llama lluvia,
a qué intemperie,
a qué palabras

los caracoles prosperan con su húmeda
pequeñez a cuestas

quiero volver cuando amanece y vulnerar mi
propio cielo,
deshacer mi temor a la palabra que se otorga
solo en las tinieblas
y resguardarme después para reanudar la
respiración de los santuarios
pronunciando esta plegaria que rompe y
respira contra lo muerto

MÉDANOS

mirada repentina para un mundo estremecido

Vicente Aleixandre

abandonado en palabras antiguas

cerca corre agua, se empoza,
y sobre ella recién florece el
guachipelín

hay corrientes
diminutas,
circulares,
bajo esa lluvia
de pétalos amarillos
que buscan su líquida luz

hoy se escribe el mensaje invisible

estoy flotando en palabras
que me aseguran la presencia de otro
tiempo
y de otras manos,
de la confluencia de los libros:
libro del río
libro del olvido
también el libro de los árboles



adviene el sol nuevo,
el giro
en el cristal dormido
que se renueva
no solo en las flores:
en las palabras
que hacen flores
las flores,
pájaros
las palabras
de las nubes,
campos
los médanos
del interior jardín



en las polvaredas
que siluetean
las montañas, y en ellas,
las montañas que olvidé
y la noche me regresó,
cuelgo la tentación
de la luz con un zarcillo
de luz, con su aguja
que atraviesa la tensión
del laberinto de la oreja

cuando lo invade el sol
como ahora,
y lo transfigura en gajo
de mandarina,
aguda punta, palabra
y erosión,
los remolinos de hojas en los
remolinos de polvo,
la sutura es el aliento renovado de
los yigüirros



canto de acequia:
línea de agua, caracol sin forma
en el ahora
más allá de su estela,
bajísimo manto de carbón
rupestre: tu silueta, tu animal
en ráfagas
que como el agua huye
y permanece



flor de herrumbre,
tu máscara amarilla
tiembla como un reflejo
en aguas sostenidas,
un borde esmaltado
de sangre,
la dentición de las setas
sobre el tronco
escrito
bajo el viento
del exceso



gradaciones malvas,
viejas escamas
o raíces anudadas
para besar la corriente
vulnerable
del ahora tan pequeño río:
jadeo de bestias
que recién conocen el ardor,
como la plegaria de las semillas
*—llévenos el viento al lugar
del canto, donde el ave, emisaria
prometida,
nos arrastre hacia el brote—*
así también despliegan

la suya
las chicharras
contra el negro furor de las siluetas
al anochecer



cedro: astado ser
que atraviesa el cielo
como los tijos
en bandada súbita,
un árbol venerado
con sed de sangre
gélida, sangre secretada
por el astro
tras el pinar



casi un espectro, un batir de alas
que sonaba a silencio,
desplazarse inaudible de la bandada:
un latir de lienzo
asaeteado, de ramajes demolidos
y gotear de luz
en la ranura del verano



sobre la rama muerta
de su propia cosecha
se levanta el arbusto
con su reclamo sacro:
esas hojas moradas
con dentelladas verdes,
con pequeños desgastes de
amarillo

mineral, ácido brote
de la sepultura:
al demonio del mediodía opone
cueva de fresca lumbre
y reposo desde toda muerte,
el cielo rasgado por el ala
de los rapaces ya no percibe
entre nosotros
ninguna víscera corrupta



añicos de sol
entre malezas ornadas,
armadas de espinas
bajo el amargo don de la flor
que besa el polvo,
descienden emisarios

frágiles que mueren
al golpe de cualquier ala,
a veces sin tiempo de libar
el vidrio molido
de la luz



mariposas de alas negras
manchadas de azufre
en su danza sexual se posan
sobre las hierbas casi secas,
despeinadas cabezas
de polen, en su ardor
y el ardor del verano,
socavan,
y huyen al destello
que pende del guarumo:
jadeo de claridad
abruptamente interrumpido
por una ráfaga
contra la muerte pronta



aire: bentos,
otro país bajo el agua
del viento dorado
que peina las espigas,
otras lagunas
entre otros animales
que se arrastran
sobre otras rocas:
asteroideas que cuelgan
sin morir
sobre el río de hojas muertas,
oleaje de plumas
sobre los primeros reductos
de la aurora
en las islas



agujereada la cara
vegetal que visita
el soterrey, saltitos
sobre el limbo de la rama
hasta el extremo
tallado por el alfiler
del mediodía:
resplandor que tiembla
en la costura

que el pájaro disuelve
cuando cae
la hoja



amor a las hojas
nuevas
que mutan la luz
en materia
densa, atenta
a las mordeduras
del tiempo, tiempo
que de pájaro
se hace reptil
y de escamas
losas, lenguas
silvestres
para el discurrir
del agua:
ciclos invisibles,
yemas
de luz densa,
hojas de agua
y ámbar
recién nacido,

cúpulas
o bóvedas
cuyo eco hace
un nido
en ramas abiertas
al puro
renacer



muerte del agua
cuando la luz
enciende
los pabilos del
monte:
pentecostés
del abrojo
y la piel recién
mudada
sobre el eco
gris piedra
de la evaporación



de las aristas plenas
del día

quebrado,
de los manojos y fosforescencias
en la cima
del ramaje:
pájaros como una almendra,
como un estambre de oro
o una lengua húmeda,
abrevadero para la sal
que lavan de sus alas
las mariposas
cuando junto a ellos
permanecen
en la marea baja



el tijo quieto
sobre
el palito de jocote
superviviente,
ira de zompopas
despojó
de luz su tronco
erguido, curvo
señalando
la altura plena
del vuelo:

carbón brillante
destella
en forma de pájaro
estacional,
quieto en la punta afilada
que marca
el imán del mediodía



estoy
y no
estoy
en todo esto,
y todo esto
en lo que no
estoy
—aun cuando
marco
la arena
memoriosa
de la imagen
con sus formas—
clama
por ser
palabra:
no me engaño,

no sucumbo,
no soy
un
centro,
una
gravitación
que
imantara,
estoy
y no
estoy
como memoria,
agua
en flujo,
raudal
de pétalos
al último
reflejo precipitados,
aquello
y todo esto
que clama
por palabra
hace
la palabra:
la palabra
—tensa aquí
en el tejido

nervioso
llamado
poema—
dimana
de las cosas,
de las cosas
dimano
yo



escribe
yo
y aparece
una hebra
en el aire,
un resto
que cae
sobre la corriente moribunda
de la quebrada,
aguas abajo
cuando sea total
el imperio del sol
ocurrirá la muerte
de la hebra,
una espiral de tinta negra
deshecha
en el aire:

no hay un ciclo, umbrales,
que se interponga la materia
como lo hace el agua
en sus máscaras sin fin,
hay fijeza
sobre la roca
de una mancha,
una indicación
a nada,
no un origen
ni una rúbrica,
solo
una marca
que implosiona



pedir ayuda al silencio,
a la necesidad de partir
hacia otros desiertos
donde varíe la salinidad
del aire o la agudeza
de las púas que resguardan
esa víscera, fuente abierta,
que llamamos fruto



las motosierras
de fondo, el crujir
de los árboles
que caen,
el bamboleo del camión
sobre el barro
del camino, los charcos
que espejean
un sol blanco y estéril,
animales
que huyen de noche,
incendios que se anuncian
como otro mensaje
de Dios
a sus criaturas,
¿qué error, qué falta de fe
trajo a nuestra puerta
al animal indolente sumido
en su propia sed?,
¿quién acarreó
hasta nuestro mediodía
al dragón
y aventó a la fosa
los panales,
a la sepultura el musgo?

palabra sedienta de las plegarias
que prenden los santuarios vacíos en las noches de
ventisca,
palabra que pende sobre los deseados nimbos de
lluvia,
palabra que no deja perder la cercanía
de los peces que se tuestan en las encimeras:
escamas secas de cuando el río alimentó, oh garzas,
estos valles suntuosos

(invectiva a las garzas)



un pato es el germen de un
recuerdo,
un olor, una extrañeza:
es un ave desacostumbrada
bajo el arco de piedra del puente
viejo
y aparece
abriendo el camino de la
memoria,
conduciéndonos a otro jardín de
rosas
donde el tiempo hace su nido:
teníamos ocho años cuando los
vimos

ese pie amargo como la pálida
carne del limón,
que avanza entre las flores
plebeyas,
puede ser su máscara,
imaginación nueva de la arrasada
corola desnuda

son esos pies que el polvo dora
y percude
los que desea mi lengua en marzo,
anzuelo para nuevos colibríes
y rebrote para el iris del agua
donde ansiosos esperarán los
carroñeros



aún tejen su laberinto
los pájaros, gramáticos
del aire,
entresacan la pureza
de líneas
y requiebros del sentido,
ensanchan el caudal
de lo visible
glosando lo lejano:
vocablos sin tinta
que surgen
del aliento cálido
y la transparencia de trazo
propia del diligente Jardinero,
único interlocutor
de esa madeja
a la que nos es dado hacer
preguntas
como quien arroja el sentido
a la plena incertidumbre



que se pose sobre mi mano
el caballito del diablo,
que un instante antes de posarse
haga cimbrar mi piel
como si fuera el agua del estanque



ustedes me nutren,
pájaros, ramajes, insectos
cuya anatomía me asombra,
reptiles que mudan de piel
como quien aligera su memoria
y besa la frente del dolor
que un día anocheció sobre el
potrero

ustedes me nutren,
pequeños cauces de agua
que las tormentas de octubre
fecundan,
enredaderas que abrasan
la belleza de todo cuanto muere,
larvas que emergen a la luz
plenas de un sueño subterráneo

ustedes me viven:
pájaros, ramajes, insectos,
reptiles,
cauces, tormentas, enredaderas,
sueño,

ustedes me viven
porque no hay vida
si no es en lo abismal y lo lejano,
en ustedes,
cifras y salmos, llama
y alfabeto de ese dios
que no comprendo ni veo
pero sé



oh Muerte, que escribís
sobre la plenitud
tus leyes invencibles:
pido solamente tiempo
para sentir el aroma
de la sed
antes de ser esclavo
en su jardín seco,
pido sentir su olor
vagamente
en la brisa, junto a la maleza
al borde de ser grano,

para poder decir que también
ustedes,
los grandes arcanos,
son un viento que cesa



lejos, por un resquicio
entre las ramas del guanacaste
veo pastar a la vaca blanca
en la ladera
que cae sobre las piñuelas,
ese fondo de grises espadas
que resguarda
corolas extrañas, enredaderas
como pelambres
sin cráneo,
veo el sol declinante
contra su cuero blanco
e imagino las moscas
que circundan
las hondas esferas negras
de sus ojos,
que la siguen a través
de los espinares y la sed
fieles a una leyenda tan lejana



vaivén del sol,
tarde de diciembre
y ciclo ya destrozado:
agoniza
una muesca del tiempo
en los parpadeos
que se van y regresan
como una golondrina
hacia el final de la tarde,
muy brillante
y a la vez arrasada,
que al aparecer sumergiera
cada cosa
—piedras y árboles y palabras—
en una corriente de duda:
desliz del ojo que pierde
la silueta de las hojas,
limbo del cielo
donde la tierra asciende
y las nubes se aquilatan



pequeñas parcelas
de monte iluminado
cuando en su retirada
el sol insiste en filtrarse

y dar calor
a la noche de los seres
que ya se adentran,
fardos de incertidumbre encima,
en las arenas
del sueño: pájaros
atravesan esos meandros
de luz reticente,
cruzan los oblicuos destellos
y son peces
en el mar que aguarda
bajo las sábanas



el caladio, corazón de María,
se inmola
en estos amarillos cuencos
vesperales:
el gato blanco entre brotes
salvajes arrastra las llamas
de la pureza
tras de sí



hay un momento de la tarde
que acalla todas las aves
amanecidas,
todas en silencio como cediendo
el espacio a una presencia nueva:
otras aves
de otra luz tejida en otras fibras,
de otro tiempo
y espíritu: plumas terrestres,
cantos rodados,
fúnebres moradas del aire



zurean entre
espinas
de naranjo agrio:
eco
desde la hondonada
desconocida,
lecho de tierra
y abrojos
que jamás holló
mamá
cargándome:
zurean entre
espinas

de naranjo agrio
las aves
agoreras
que temí durante
años



el leñador es una presencia
opaca
que atraviesa la tarde,
camuflado
entre macizos de guineo
y plátano,
a la sombra de los cedros
que le temen
tanto como él a ellos:
su sueño ocurre
entre tizones verdeantes,
su cama entre cargas de leña
que aletean
siendo polillas



colibrí como la noche,
necesito tu ayuda
para desmadejar el corazón,
para volverlo felino
que no tema las dunas
de la pesadilla,
quiero, como vos,
aletear levísimo
y fugaz
frente al secreto de las flores más
altas



pájaros, pájaros
cuya horma mi lengua
desconoce,
nudos de irisado viento
confundidos con la luz
y la savia,
potestades de la memoria
y del infinito
que aletearon sobre
mis años
de fiebre blanca



tijos que abren
sus alas, la perfección
curva de su hechura
en las ramas últimas
del poró:
quietud de recibir la luz
con el cuerpo abierto,
corrientes de aire
que delatan vecindades benévolas,
al atravesarse las nubes
en el chorro de agua celeste
se cierran
esos caimitos grávidos



atravesado mi pie por la tinta terciopelo
belleza y semejanza fueron mis fieras,
un cosmos floreció
entre mis dedos con el veneno:
vi el rastro de mi verdugo
perderse
entre abrojales, mover la espesura
ya lejos
mientras rotaban las estrellas
y los imanes despedían sus llamas
sobre el alfabeto que me enseñaron,

el mago se posó cerca de mí
con la máscara del pájaro bobo
que abreva todas las tardes en la hondonada,
y lo seguí
con un lamento,
con las certezas herrumbradas
y el infinito fluyendo en el árbol capilar,
lo seguí
con un lamento,
como si yo fuera una quimera sin desierto
y quisiera saber
dónde habitaba la eterna, ella, la culebra



en las cataratas
que septiembre arreció sobre el
patio,
tardes de líquida furia
tan esperada
—frío para la culebra
del mediodía—
los caracoles prosperaban
como dientes muy húmedos,
medallones de la paciencia
que devoraban la juanilama
y la hierba alimonada
pero fueron las primeras víctimas

del calor decembrino:
sus carcasas revientan bajo
nuestros pies
al atravesar de noche las losas



sensación de orfandad
al dejar a Cler el gato
en la verde intemperie
de la que yo he sido desterrado,
pues de nada vale amanecer
caminando junto a su pelaje
que esplende entre gramíneas
y flores apenas visibles
si no puede mi carne
entregarse a esa otra dimensión
del tiempo solo suya
donde la muerte se dice distinto

ruego paciencia, benevolencia
pido para este hijo ausente,
ruego amor para el gato
que abandono sobre el rocío
cuando aún no amanece



primero un bulbo tenso
sobre la piel del cactus
y la curiosidad que lo nota,
que dice *ayer no estaba*,
nuevas mieles nocturnas
y nuevo giro de la bóveda
astillada,
nubes rozan laderas
y amanece
y se rasgan hacia la luz,
mediodía que arde sobre espinas,
las abejas que ya perciben
lo que pasada esta noche
descorrerá su párpado:
pero aquella curiosidad pasajera,
a pesar de haberla sentido,
nunca la flor secreta iluminada
podrá ver o tocar o lamer,
apenas sus despojos cansados
que penden sobre la tierra,
corteza que recorren los pies
y el oído, a veces, escucha



cuevas que abre la luz
oblicua y mojada
en el ramaje que brilla

musgo o joyel asido
al suave recinto aislado
donde levanta la araña
su tapiz:
espera sin hambre
pero voraz en el claro
tan concentrado
alrededor de la ruina
prematura florecen
diminutos bichos
casi sin carne de claridad
hechos casi apenas nada
que aíslan una porción
del espacio cuando el espacio
se ovilla
se anuda en cuevas
que abre la luz oblicua
y mojada:
esos bichos hechos con
apenas nada que giran y
giran en un chorro
de reflejos sobre la hierba
dispersos jamás caen en
la trampa pues todo
hasta una mano atraviesan



rosales cárdenos bajo la lluvia
que recuerdo y no veo,
que no veo pero escucho
deslizarse por vitrales
como una voz furiosa de aguas
idas,
una imagen donde soy doméstico
y felino miedo, sin florecer
al ayer de hoy,
sordo, ciego mausoleo que nadie
visitaba



un emblema de altas hierbas
con sus espinas
y escaras, su ardor de cáliz
o pozo cuyo fondo
desconoce el aliento
de los escribas, ese hálito
nuestro que lo mira
imitar el mar, trenzarse
con el viento y su aguja,
amarillos huesos
que ascienden de la tierra
arrastrando una voz,
una voz fundida en piedra

y en mar de savia,
de tinta al infinito lanzada
como un emblema
que señala el territorio
de otra lengua, de otra voz,
un interminable balbucear
de matorrales y vientos,
un ruido que sisea
y muestra la costura
o bisagra
oxidada entre palabra
y símbolo



una visión me invade,
visión hija de la zarza,
inmolación que me mostró un resquicio del
paraíso:
vegetal entrelazarse de las hojas y las plumas
que saltan de arriba abajo
uniendo dimensiones de la vida celeste y
terrestre,
cazadores de la flor roja, alto vaso desnudo
como la lengua veloz del colibrí,
yo he visto pájaros enanos, pájaros cerqueros
en una porción de la materia inicial,

que se mueven simultáneamente ante mis ojos
y en todos los tiempos, he rodado por el
interior
jardín donde recolectan sus semillas, pequeños
hacedores de umbrales, he sido su testigo
afónico y las palabras me han sido extirpadas
en esta hondonada cotidiana, mi edén y tumba



tengo frente a mí al gusano
quieto en el tallo de la mata
—un diente de león en el extremo
tiembla—,
insecto de máscara roja
cubierto de pupilas amarillas,
baja luego hasta donde el tallo se
bifurca
y cambia de dirección: asciende
hasta la juntura de la hoja que
devora,
quieto nuevamente
como si fuera una vaina yerta a
punto de caer,
otra máscara de qué



en un recodo del camino aparece el lorito
y el agua que baja del cerro
machada de arcilla
hasta encontrar sosiego a la sombra
de sus hojas, esas que cumplido su tiempo
amarillean
y llueven sobre las aguas mansas
comunicando su imperecedera quietud

inacabable es su misión, su vida:
sentir llegar las lluvias de mayo
hace al lorito esperar el impulso de la riada
como esperan los pies ser bañados por las olas
tras ausentarse largo tiempo del mar,
esa respiración de la espuma hondísima
es la respiración del limo azafrán que duerme
sobre hierbas y raíces

una vez llegada la marea se aplaca el rigor del
mundo,
se deshace en el caminante todo cansancio
devorador
cuando llega al recodo del camino
y contempla lo esencial aparecer:

un árbol y su reflejo sobre el agua



bajo el halo de la luna
libero mi cuerpo
en el aura de los espaveles,
nada de todo lo que vive
resguardado en la oscuridad
puede dañarme:
no soy ya un ciervo vulnerado
ni acudo al iris de la noche
cuando se vuelve tenebrosa,
ya no,
ahora me derramo como las
enredaderas
cuyas formas asedian la casa del
espíritu
y doman aquella esfera negra que
fulgía
entre los cuartos
y ventanas que esta noche
invadirán
las golondrinas



ustedes, muchedumbre de espigas
e inflorescencias,
frutos y espinas,
coriáceas foliaciones

que esconden bellísimos pétalos rosados,
pelusas rojas que se aprietan
en botones como floreros de mesa,
nudos con sus nervaduras desechas
y cotiledones que se entregan al aire
solo para morir,
germinación sin tregua que en sí misma
enerva su llama,
qué poema en perpetuo movimiento son
las plantas anónimas,
monte raso que arrasa cualquier hebra de
tinta,
ustedes,
cirios del reino de la vida,
que oscilan en el vacío con sus formas



si algo es este caminar
con los ojos bajos, semblante
curvo
del bambú golpeado por los
vientos,
atento al terrón reverdecido
y al hilo de agua que lame hojas
muertas,
sería una microscopía del alma,
ermitaño recolectar de las migajas
que el niño desaparecido
dejó tiradas a lo largo de la edad
del bosque



el gavián y su grito
de muerte
invaden el último reducto
boscoso del lugar,
trinchera depredadora
en alguna cima,
ramaje demasiado alto
que no logro descifrar:
oigo sus saetas,
las siento pasar veloces, afiladas,
muy cerca,

tan cerca que espantan
a las palomas
cuya compañía agradecí



una garza se levanta
desde el lecho
de la ciénaga, remonta
las regiones del ámbar
recién nacido
y planea, absoluta
y delicada señal,
sobre el potrero,
bajo ese sol decaído
que parece embestirla
con la espuma de sus llamas



¿en qué lengua se lamenta
el pájaro solitario
cuando arriba a la rama seca
tan cerca del anochecer
y ve huir
a sus semejantes indiferentes
y a los altísimos aviones
alejarse parpadeando entre nubes?



molusco sin mar,
inamovible sobre el muro
que ni siquiera el sol anega,
molusco del vacío
que no admite bajo su coraza
la presencia del olvido
¿conservarás como yo la sal
en la lengua, el golpe cálido
de la ola cuando el deseo nos
cercaba?



el yigüirro
es el pájaro
desencadenador,
el que se eleva
como ave roc
con su salmo
—el elefante—
y desconoce
el espacio
pues habita
solo el tiempo,
tiempo
sin pasado
y sin presente
y sin futuro,
tiempo
solo sí mismo,
diáfano,
el yigüirro lee
la memoria
de la vasta
geografía
de los signos,
cose
las aguas
y la tierra
con la carne,

es el pájaro
que me escribe
cuando
canta
su canto



el tucán es el rey
de la belleza
que profana,
su canto áspero
de cimitarra
se anuda
con el amanecer:
las aves menores
pierden sus huevos
y condenan al gato
a volverse culebra
y cruzar la sombra
de los nidos reptando
por un crimen ajeno,
y el tucán
a contraluz cerca
de la noche
extiende su prisma,

filtra el dolor
provocándolo



la calandria visita los últimos
despojos dulces
que resguardan las flores de la cerca:
la enredadera hipnótica
que anilló los troncos del poró
babea amarilla hacia lo árido,
enanos pájaros oliváceos saltan
entre los últimos humores
de la abundancia perseguidos
por la irritación de su hambre:
en la mañana soporífera
que inaugura el nuevo verano
o rasgando la marea baja del sol
en las tardes calcinadas,
la calandria altera otros pájaros,
carcome otras flores
arracimadas en el iris de mi carne



entre verdor latiendo
de agonía,
calandrias
con sus gajos ácidos
de miel, calandria
atravesada por el reposo de la luz:
esa plenitud muriente
en su salto, esa guerra
por el secreto
de los últimos estambres



hoy no te veré,
oscuridad exterior,
llegar como el viento
o como la araña
y sembrar de capullos
dormidos este lugar
de luz tan lenta,
no veré el alzamiento de la noche
que presiden con su misterio
los cuyeos



amanezco a los pájaros,
me resisto al sol:

pobre sería hoy su luz,
demasiada levedad para él habría en
mis alas

amanezco a mi sueño,
me resisto a la conciencia de mis manos:

pobres serían sus diez dedos
ante el recién germinado ramaje de
oro verde

amanezco pájaro, árbol,
ramaje de brotes nuevos,
vuelo contra borrascas,
sobrevida que agradezco
en abundancia de los insomnes,
los grávidos, las piedras



*Dijo mi maestro de la suya:
me pasé toda la vida para tener
la letra de mamá. Y después
la tuvo.*

*Era un dolor perfecto:
hablando de ella,
hablaban de sí mismos.*

Mirta Rosenberg

antes de que la sobreabundancia pidiera su poda
antes de ese periódico llamado al orden
estuve quieto y solo al final del patio
malezas con florecillas blancas me rasparon los
tobillos
y vi otra vez los cuatro extremos de mi cuenco de
barro
—norte: la ruina de la casa bajo el cedral
sur: cerros coronados de tecas incendiadas
este: las palomas en las vigas del almacén de café
oeste: el amor a la piedra desnuda del mediodía—
tanteo nuevamente el miedo del niño
recorriendo la brisa su piel aceitunada
amarillas flotan las mariposas junto al liquen
de los postes que cercan el paso del río
mimosas responden con el mismo temblor
del músculo verbal ensimismado
mi sentido del gusto transformado en carbón

la lengua es un músculo
y tiembla en mí/en él con exceso frenético
como lo hace este final de patio
este límite entre ciclos
que pide orden con furia y da a la vez
amaestradas aves del paraíso
frutas raras que nadie ve

aguas extintas que todavía
corren bajo los puentes
llevando a cuestas su destiempo
su exilio
pues no es otra que esa
la dimensión de estas palabras
domesticadas bajo la gramática
sopladas por un cierto orden afectivo
y libres en una rasgadura de la memoria
que la costumbre nos hace llamar poema

como esta bisagra de las estaciones
en donde soy yo y él simultáneamente
el poema coloniza los rincones respirables de la vida
y los alimenta subterráneo
y los deja ser como el animal que sabe partir
cuando las alas resisten ya el fracaso contra el suelo:

derramada la sangre
llorada la orfandad

golpeado ya el patio
con el machete y la motosierra
quisiera saber qué es habitar las palabras
quisiera no sobrevolar este sacrificio
antes de que acabe su dimensión ritual

quisiera *escribir*

como quien deja la luz encendida
escribir para atisbar
que el ropaje de una madre
es a veces el timbre de una voz
pero siempre el alfabeto:

creía de niño que me iba a llegar
como a mamá
como al patio
una vez al mes
el desprendimiento
la recuerdo sentada sobre la taza del servicio
la veo quitarse la toalla y caer la sangre
para diseminarse en el agua que recién antes
había manchado la orina

fue mamá quien me llevó de la mano hacia la noche
me llevó hasta el mismo borde que hoy segaron
lejos en las colinas hubo pinos hebrados de niebla

y un viento abrasivo que carcomía los pies
y fue ahí donde hice mi promesa de labrador
diligente
le dije que de mis manos vendría su jardín:

«Está enteramente rodeado
de un cercado seguro. Sus
bellezas regalan a los cuatro
sentidos del cuerpo, a la
vista por su aspecto, al gusto por el
sabor,
al olfato por su perfume y al tacto
por su suavidad. En cuanto al sentido
del oído, este encuentra su
satisfacción
en esa especie de eco musical y
de canto que brota de las plantas
agitadas
por el soplo moderado de los vientos»

¿lo notaste?
que después de la poda
sobrevivió el guarumo
decidieron dejarlo
y que crezca y dé sombra
para el día en que volvamos
y ninguno exista

AMADO CLER

como si ya hubiera muerto
y nunca más pudiera verlo,

como si hace unos segundos no hubiera aparecido
en la penumbra malva que fue durante años su nido,

caminando hacia mí, mirándome
acuclillado en la insolación,

esperándolo
como el fiel peregrino que busca entrar en el
misterio donde crepitan

las santas reliquias: una gota de sangre,
un báculo en cuyo extremo revientan capullos de
hojas verdes,

así, amado Cler, te esperaba bajo el sol

(concentrado en sus ojos diré algo
de las arañas,

de este sol filtrado por los dedos de
las homicidas,
y el olor de lo seco, las estrías de la
hoja desprendida
ya deshecha en el camino hacia un
lugar extinto)

no merma mi deseo de entender, de preguntar
por qué,

no pude callar cuando en la lejanía apareció
tu cuerpo:

el desgarrón blanco entre las espigas que masticaban
las vacas,
la quietud

y apenas la cola moviéndose sin hacer ruido
sobre el pasto,

y solo te pude ver yo antes de que vinieran las nubes
agrias,
en las fotos estás quieto

entre lo que verdece, quieto y mirándome,
quieto y escribiendo en el futuro tu propia vida,

suelo improvisar tristeza, simular mi caída
para no darme de cara contra la muerte de un
segundo a otro,

mi vida entró ahora en la época de las desapariciones
y todo lo amado —esa otra simulación que llamamos
lo amado—

se transforma en la parte supurante, la podredumbre
del fruto,
así que hoy llevaré mis manos a la tumba que cavaré
para vos,

veré las matas
acres y salvajes como vos en torno al pequeño monte,

ahí hablaré otra vez con Dios a través de tu
presencia:
las vértebras enterradas de este gato, diré a todos,
son mi escalera de Jacob

no sé si alguien entre nosotros recordará las matitas de café que sembraron a destiempo cerca del tanque del agua, cómo esperaron la tierra más allá de la maceta y cómo se han vuelto amigas de la enredadera y los barrotes que cruzan el cielo despejado

montes de amarillos sulfúreos, campanas tenues donde se esconde el trazo de una letra, una letra de un alfabeto que solo la avispa descifra, o solo él con su pupila vesperal

ahora vino por encima de un mar de piedras desde el río, onduló a lo lejos antes de sentarse sobre el cascajo desnudo

yo lo miraba desde el chorro de agua abierto con que regaba la desesperación de los helechos

amado Cler no quería venir

ante mí, su adorador, mantiene siempre las distancias, se da poco al que mucho lo necesita para poder leerse en sus movimientos, en su oficio de solitario gigante

acicalarse bajo este sol, las patas puestas sobre las piedras, la insumisión de no venir donde corre el agua fresca y se tiene más sombra, más musgo... a él nada de esto puede importarle

nada de esto puede existir de la misma manera en que existe para mí: para él la desesperación no es nada y la muerte no se dice de manera alguna, lo vulnerable de este otro animal que riega plantas y llena tacitas de agua es su cálculo vano contra la muerte

¿qué defendés de ella si todo le pertenece?, imagino esa pregunta en los ojos del gato que se aproxima ahora lento por la ranura de sombra al borde del camino —hubo días en que evitaba esa parte del camino, cuando había más porós a lo largo de la cerca y los pechoamarillos defendían sus nidos del intruso volando bajo hasta rasparle la cabeza, justo en la mancha entre las orejas: me repito, ¿a quién ya le conté esto, dónde, en qué parte lo escribí?— y sé cuál es mi lugar, sé que debo desaparecer de su vista hasta que por alguna razón me necesite

¿pasan horas desde entonces?, ¿pasan días o meses, mueren dioses lares?, ¿pasan segundos en donde encuentro yo mi propia sombra?, ¿mueren mis madres y mis hermanos, el amor se herrumbra y las mariposas retornan al yerbajo?

no hablemos ya más del tiempo, amado Cler, el tiempo no nos necesita, no necesita palabras ni elegías, ni cantos más allá del canto del yigüirro, no es una cuestión de sucesión o de pérdida, es otra cosa que podría llamarse *aparición*

aparecés, Cler, en el futuro, tras el mar de piedras, a la sombra de las tiernas matas de café que nadie recuerda haber sembrado cerca del tanque de agua

todo lo que nace te busca, todo lo que en mí nace, te busca, lo que muere, te busca y vos, en la cueva fresca del monte, encarnás la espera

es impreciso decir, como se lee más arriba: *el tiempo no nos necesita*, lo más preciso sería escribir: el tiempo no me necesita, pues yo soy el alfabeto que no descifra la avispa en el corazón de la flor ni tus ojos con las raíces que los arden, soy el abismo que se puede tragar la vida de la vida y no devolver nada a las costas de la quietud

no quiero nada más que la visión, no quiero nada más que la presencia del animal que puedo ser en el animal que puedo ver

se aproxima una terrible tormenta
y los pericos han tomado todos los cedros
y orquestan un escándalo solo interrumpido
por la proximidad del agua que retumba

y vos estás lejos de mí
y cada vez nos vemos menos
y apenas te logro adivinar de lejos
engarzado en una pelea con el gato vecino,
ambos arrastrándose sobre el filo de las piedras

me hace daño
el grito de tu pequeño hocico
ahora mutilado o desesperado por el campo de
batalla,

y yo en mi humana debilidad
no puedo hacer otra cosa que buscar ese fantasma:

el sentido

días atrás rociaron herbicida sobre enredaderas
y forrajes, sobre los brotes de mango y de aguacate
que nadie quiere,
sobre el monte agrio organizado en estopas afiladas,
enterraron vivo al garrobo que habitaba la raíz hueca
del guanacaste
e hicieron que el camino hacia tu nuevo refugio
parezca un desfiladero: desapareció el aura de lo que
nos vio ser

golpea entonces la lluvia, huis en cualquier dirección,
sentís que este lugar ya no es más tu lugar
cuando no hay un rincón donde guarecerse de la
lluvia,
y te veo desaparecer a lo lejos
mientras todo se vuelve barro y la lejanía es azul

de golpe me doy cuenta de que los pericos también
se fueron
y es atroz el silencio
que abandonaron en las ramas

y en ese abandono estamos vos y yo,
mis páginas son abono para tierra infértil, no amo
nada de lo que escribo

y no amo nada de lo que hago
desde el amanecer hasta la noche,
busco el sueño como el ganado busca en marzo los
abrevaderos

amado Cler, no quiero despertar nunca,
no creo ya en lo que hago
ni en lo que digo: no quiero ser más, ni salir, ni ver
la mínima destrucción que mi debilidad engrandece

sin embargo,
ahora lo veo,
al invocarte a vos no puedo evitar escribir siempre
esa palabra antes de abrirme a tu nombre: amado

ayúdame, gato sin guarida,
a rociar un poco de amor
sobre lo que escribo, a sentirlo vivo,
a sentir que algo de todo esto puede respirar
sin que yo respire

amado Cler,
cuánta soledad en las espigas
re llenas de sol,
cuánta hiel en las manzanas
y en los gusanos dulces que llueven
sobre las estibas de leña,
esa orina con que marcás muros
y rincones del monte ¿en qué
momento
fijó tu territorio dentro mío?,
así la amargura es seguir, migaja tras
migaja, tu sólida lección de soledad
—desasido del *mundo interpretado*—
que jamás entenderé

acabo de recordar lo que no se recuerda. lo que se
retiene invisible. la memoria irreconocible.

un espejismo. un retazo del mar donde flotan los
cuerpos que hemos sido.

he visto pasar el blanco percutido de Cler el gato
sobre el fondo gris de un patio escolar. he visto su
presencia.

he ignorado su presencia.

hoy acaricié su pelaje áspero. el viento nos envolvía.
callé. mutismo del adorador.

no supe decir te soñé otra vez.

no supe decir que supe (otra vez) soñar.

no supe contar lo que se cuenta a un mentor animal.
describir el taller del orfebre. el espejo que tiembla en
la oscuridad mientras pasa él sobre el cemento. las
cortinas. el miedo que se acelera si abro los ojos en

mitad de la noche y a lo lejos un felino se entrega al pelo de la luna.

no supe decir.

mudo lo acaricié. el viento es la memoria involuntaria de los grillos. y cortaron el zacatal que codiciaba la baba de las vacas. negros pajaritos como uvas había. terneros recién venidos eran blancos bajo los ramos de jocotes verdes. ya casi no nos vemos.

está mal decir acabo de recordar. está mal ser una caja de música. está mal encerrar un canto de pluma leve. está mal intentar componer una melodía puntuada de gotas de tinta.

pero no.

el patio escolar. el cemento. Cler el gato el hilo. mientras los niños juegan hace sol. mis manitas de niño y mi gabacha celeste. el golpe de la cabeza de la niña contra los ladrillos. las gotas de sangre. el patrón. no la pesadilla tanto como la flor del pringue.

Cler el hilo. un gato pisa la flor de sangre. los niños hacen ronda. cañales susurran. fue aquel día la noche de anoche. nada mío. extraño ajeno y el espejo estancado en una brisa de ásperos pelos de luna. arden los campos.

la gata es mayor
que todos
nosotros juntos,
es mayor
su fuerza al subir
por el tronco
del guanacaste
centenario
o al escabullirse
dentro de la casa
y buscar
un rincón donde
parir dos gatos

es sabia
cuando acuna
cerca
de su pálpito
a esos dos gatos:

el gato blanco,
el gato gris,
ambos cerca
de su hálito,
ese nudo
que la ha hecho
sobrevivir
durante años
y años, fiel
testigo de lo ido
alrededor
de nuestras vidas

siempre ajena
como si aguardara
más allá
de las alambradas
el momento
en que crecieran
esas dos semillas
—el gato blanco,
el gato gris—
dentro suyo
y supiera que su
vida, su edad,
su altísima pobreza
tenían sustancia

en ellas,
en su gratuidad
para invadir
las vidas enajenadas

así entró
en escena cualquier
mañana
sin presentarse
o presentándose,
ya no me acuerdo,
como un animal
sarnoso
pero en exceso
amoroso, leal,
incluso capaz
de soportar
la lluvia en umbrales
hostiles, dispuesta
a ser golpeada
y humillada
hasta convencer
a todos y cada
uno de su crucial
importancia
en la vida
del espíritu

su cola de rata
lentamente
fue poblándose
de pelo,
las manchas
de los hongos
en las ingles
dejaron de arder,
sus ojos
de nuevo brillaron
almendrados
en la oscuridad
de los patios,
se dedicó
a merodear los
rincones, los cuartos,
los baños,
las bodegas, cocinas,
las almas
de los niños
y de los viejos,
rozó las piernas
de los hoy muertos
y sintió
la respiración
de los que aún no eran,
deshizo

la desconfianza,
enhebró el hilo
de un amor
completamente nuevo
y jamás antes
posible para nadie
en estas landas
hasta que,
pasados
los días y las noches,
parió aquellas
dos semillas:

el gato blanco
y el gato gris nacieron
en la bodega
de la luz malva,
aceitosa, durante
los días ardientes
de la semana santa
y el hálito
de Dios sobre ellos
fue la hiedra
de sus corazones
de absoluto verano

y como todo
se nombra,
el gato blanco
conoció
su nombre
en una palabra
dejada a medias,
entrecortada
como un sonido
que un pájaro
en vuelo dejara
caer sobre el campo

naciste, amado
Cler,
de aquella hembra
engendada
por las intemperies

y el gato gris
siempre en un rincón
rechazando
todo mimo,
todo nombre
o todo soborno
para mostrarse entero
a la luz,

prefiriendo ante
todo las sombras
de los objetos
huecos, sustitutos
del útero
de la madre silvestre

así, amado
Bruno,
hemos hecho
del mundo
un inmenso interior
de terciopelo
para tus carnes amplias,
tu apetito
expansivo,
fiel motor de lo que
cualquiera de nosotros
podría ser

dos gatos
desde
la gata atigrada
que viene
y va en el tiempo,
aparece
bajo la lluvia

y come,
se aleja bajo
la lluvia
y burla cada vez
a la muerte,
más sabia, más vieja
que cualquiera
de nosotros

más que sus hijos
que ya no son nada
para ella,
ni ella para ellos
absolutamente
nada: algo que
puso la mano
de lo incomprensible
en un rincón,
algo que acomodó
una comprensión
más allá de mí,
solo de ellos tres
y luego arrebató
y despojó de todo idioma
posible
a un amor indigno
de ser tenido

por amor a ojos
humanos, débiles,
insensatos

ardo de amor
por el desamor,
por el desarraigo
que puede
traer consigo
la gata silvestre,
sus hijos
hechos
para la luz
y la sombra,
para ninguno
de nosotros
y para cada uno

para que yo
pueda sentir
cada vez
más honda
la soledad
o los fantasmas
que pueblan
los recintos
de mi carne,

para que aprenda
a rezar
por un gato
y no por mi mamá
o mis hermanos
o un espejismo de padre,
eso ante todo,
la poesía, la plegaria,
la escritura
árida de las espinas
en el polvo,
la ruina de saber
lo finito
de toda empresa
ante Dios, ante
mí, el ingrato,
el excesivo ingrato,
que alimenta
las criaturas
de la viña bastarda,
tengan pelos,
escamas, nombres
o sean ya huesos
enterrados,
involuntaria memoria
del bosque
que jamás me dieron
y yo recuerdo

camino de noche
pero todo está claro. pájaros se levantan en bandadas
del suelo.

¿cuyeos?

busco una raíz donde pueda asir un borde, una
costura,
levantar la tierra y meterme debajo.

un limonero liquenoso, barbudo, calado de parásitas,
me atrae,
me seduce.

después aparece el campo abierto,
el enorme mar de hierba.

en el centro de ese campo estás vos, amado Cler,
mientras se acercan los coyotes y te asedian.

y sé que debo ir.
aunque muera yo. aunque al borde de la muerte
tampoco me necesités,
pues yo lo sé.

basta un gesto tuyo para que los vientos se acaben.
vuelvan las aves a sus nidos terrestres. se disipen las
huestes
de costillares hambrientos. vuelva el sueño a ser un
mensaje
del ángel necesario.

MANSEDUMBRE

-CUADERNO DE NOTAS-

porque el verde corresponde a lo inestable

Olvido García Valdés

en la noche, aislada del agua
por una sutil capa de mal que el ojo ajeno le indica
poseer
la culebra reptante entre los matorrales
y besa los muros con sus extremidades arrancadas
por Dios

leva anclas
con su veneno entre helechos, muérdagos se abren
en un espacio propicio al beso de la muerte:

así venís hasta los umbrales del miedo a
escribir conmigo
la balada de los animales bastardos

terciopelo de sutilísima piel oscura,
de malva veneno que no se ve

dedos escarnecidos por la llaga
del agua vegetal que oculta el rostro del ancestro

muerde las cabras,
el ganado se agita cuando cruza su olor a
podredumbre húmeda

pero mi arteria gravita
y se dilatan mis oídos

tus asesinos, mis hermanos,
son la negación de los ángeles

el combustible del aire
o los plumajes alambrados en la cacería rapaz

hambre de madrigueras, de alimañas
con pelo de estación fría
reducidas a cenizas en lo árido

—hábleme del infierno, de los muertos, de los
vermes—

plumas que se adhieren al colmillo
o a los flecos de la baba que envenenó la carne

ojo puesto en los resquicios, en las goteras de hiel
astral

sobre las sábanas:

ahí pernocta no ya el búho
del atardecer rosáceo de la diosa, el rapaz ladrón, el
colmillo de finísimas telas

hilo de voz
como decir
hilo de araña,
como decir
de araña un regalo
a las manos
del podador

podador quien arma
lo que las letras
susurran
lo que la araña
resguarda
en la gélida prisión
caliente
de su aireadísima
mazmorra

feroz
cala la lengua,
su raíz soñada
apacienta
con los patos
en un musgo
que jamás vi

tienta decir que trazan
en el aire mojado de la tarde
un carbón indescifrable,
que ascienden y giran
y cosechan otro par de alas
y rozan la espina
y descienden en círculos

—su tinta al vuelo
teje espirales—

no queda mucho a la mancha de la página

pero tampoco sería este silencio cosa de lamentar

su lienzo es el único lienzo,
la transparencia
de su vuelo es toda la tinta necesaria

madejas de estrellas secas
enredadas en ramajes que adorna el prepucio de una
flor silvestre,

aquella languidez brumosa
que pudo señalar tan solo decrepitud esta tarde
retrocede ante los látigos fulgentes
de estos peces llamados golondrinas

asedia la belleza casi nula
esa pujante agua de tu memoria
donde toda dirección ha sido abolida:

ya no hace falta saber hacia dónde vas

el estanque del jardín
que tu deseo
clama
yace ahora sobre nosotros,
se tensa
de cercanos vuelos
que casi amedrentan el sudor
sobre tu carne,
y se retraen y ascienden,
bajan hasta los últimos
recintos minerales
donde brilla la metamorfosis
del pulpo
y el grito alfiler del gavilán:
en la espuma de los ángeles
chapotean golondrinas,
en la multiplicidad violenta de las corrientes
hallan un nombre
para nadie, para ninguna cosa

(si una línea
quebrada
detona la sed
de la mano
por besar plumas,
para mí ya no habrá desierto)

una espina
no fue nunca
una hoja,
mucho menos
una flor,
fue algo más
y algo más
que la hoja
es su conocimiento:
un arma
como decir sable,
algo susceptible
de la sangre,
algo del veneno,
del aguijón
desprendido,
una espina
es algo
en contra
de algo
y nada hay
en mi cuerpo
semejante
a ellas,
nada

visible,
áspero
o agudo,
ni agujones, ni
colmillos, ni
dientes,
mucho menos garras
como las que deshilachan
los sillones
de mi casa,
para encontrar
en mí
ese agudo ardor
que no es
de ninguna manera
solo mío
—ni siquiera mío—,
se impone
abandonar
toda
figuración anatómica,
todo mapa de cielo,
toda visible cartografía:
una palabra,
como la espina,
desconoce
la ternura primera de las hojas

o el éxtasis anal de la flor
mancillada,
no es esta
ni aquella
y es algo más
y algo menos,
la palabra
espina
no es la
espina,
la flor
no es algo
que una extraña
pronunciación encarne, haga
venir,
una espina
es el remanente visible
en un tejido que experimentó
la verdad:
la muerte,
una espina
crepita sin fin
entre la voz
que anuncia el nombre
y la herida
que la cosa infringe,
una espina

ya segada, separada
del tallo
que defendió,
es su desgaste
o su póstuma
entrega al reposo
donde ya no
hace falta
estar en contra
de nada,
es ese reposo
inherente
a la huella,
a todo
lo que fue neuma,
que se pulveriza
al sol
entre la hierba,
bajo la voracidad
benévola
de los insectos

quebrar una piedra
equivale
a fisurar la vítrea
voluntad
 de ver,
quebrar esa sólida presencia
cuya luz o cuyo aire emula coágulos

cerrar los ojos
un momento y perderse aquel vuelo
de las garzas hasta el final del potrero

quebrar una piedra,
triturarla
con los párpados caídos

y conservar el paisaje perdido
—lo no visto y oído—
como una certeza líquida,
 un exceso simple

jadeo hacia ramajes
cuyo fruto son las espinas
y recuerdo
un tono de voz cercano —cercano: familiar no—
que las señala y les dice

coronas de Cristo

y hace unos días
mientras la enredadera del poema fundaba la página
brotaron espinas
como decir palabras

si una espina brota contra algo
y brotaron espinas como decir palabras
de este predio asilvestrado
entonces

¿contra qué?
¿de qué me defiendo?

aunque válido sería constatar
a la vista de su violencia contra todo
que su destino pleno es contra la nada

predio venenoso, erizado,
es en realidad la mansedumbre
lo que prima,
el rito nunca visto del pájaro
que recoge
el remanente de la lluvia
de la punta del dardo
que podría matarlo

pero estaban también las
hormigas
que recorren el tallo muerto,
está su descenso hacia el otro país
de nuestra vida en común:
los desagües, los desperdicios,
la otra garganta
de la otra infección invisible

a menudo retorna el viento que movía la ropa
mientras ella estaba entre nosotros
y el sol atravesaba las matas de banano
para estrellarse sobre ella, sobre los alambres
donde colgaba los pantalones desteñidos

aquel sol,
aquel viento, aquella luz separada en radios
que tocaban casi todo a su alrededor:
la cola amarilla de las oropéndolas,
las campanas lilas de la hiedra,
las enormes hojas secas como mudas de piel
a nuestros pies

cuánta ceniza y nosotros ingenuos

estoy detenido a menudo ahí
y no digo nada
o ella dice algo y yo no escucho,
mis orejas se caen,
ruedan por un hilo de agua hasta perderse en un mar
que no existió
para nadie más que para mí

olas o piedras, ese humo
a través de los frutos de un tallo cargado de agua,
esa mujer baja que no me ve y apenas llega a los
alambres
donde tiende la ropa ajena

¿por qué tuve la necesidad de escribir
mientras ella estaba entre nosotros
si todavía sigue aquí?

la hora púrpura
o dorada de la luz,
la edad de los
capullos
colgados del limonero
enfermo

la edad de la hora
púrpura
de la luz, el enjambre
que la sostiene
sobre las celosías
de nuestro
claustro

los anillos
de los años
de la hora dorada de la luz,
las abejas
que gravitan
sobre los granos untuosos
del cuerpo muerto:

se limpia
los labios,
la línea
ondulante
de los labios,
mientras
crecen las máscaras
de la luz
y la lluvia asiste
—mansa, mansa, mansa—
al nacimiento
de la voraz oruga
iluminada

un margen tan ínfimo sostiene un corazón,
un equilibrio sobre el sofoco y la sed que pocos seres
estarían dispuestos a ensayar con tan grácil desapego

de un abismo a otro, lagartijas,
de un abismo a otro, funámbulo, el lenguaje
que las nombra y las arranca
para hacerlas decir lo que dicen

durante meses lo mismo: esta mesita endeble
de madera, estas largas hojas blancas, un lápiz,
un cierto olor a grafito, unas cuantas palabras
que pueden venir o no,
que pueden secarse en el borde de algo

el borde de un qué, desde dónde vendrían
a secarse y no decir qué, durante meses
y cada vez algo
y distinto, lo mismo que hace un año
pero siempre diferido, irrepetible, chorreado
a través del caleidoscopio de *los entes y sombras de*
mi infancia

durante meses lo mismo: mirar la mano de tigre,
el arbusto salvaje que tomó el lugar de las clavelinas,
la gata dormida en el refugio de las loterías,
la tapia roja con las gramíneas danzando, el vértigo
del calor
arremolinado sobre el concreto de la calle,
del otro lado enredaderas, un terreno boscoso que
envidia,
un cedro que sobresale
y conversa conmigo desde lejos

lo mismo durante meses no es esto —la letra, el
símbolo,
la vanidad de gustar a cualquier idiota— sino el
cedro,
la distancia, el viento que lo invade
su secreta mansedumbre que tanto me falta

reconozco que no tengo una buena voz
para leer en público, no me dieron eso
con lo que nacen las aves

tal vez sea la razón por la que me obsesionan
y las recuerdo siempre
al abrir la boca ante las flores
ya muertas en el muro del patio

no tengo buena voz y una voz
es lo único que salva
la mendicidad escrita
de un verso sarnoso: el arrastre, el grano,
el quiebre
del vaso que la contiene y la carga
por los trillos ventosos

me dieron una voz, un tono, un aire
de cierto temblor, una cosa hueca
que se acrecienta en la marea del decir
pero al decir
y buscar espacio, aire, agua, sol,
se torna hormigón,
rechaza lo que vibra, se oye hacia dentro
y nadie
la nota

bien visto puedo decir eso otro,
lo que ya dije:
tengo una voz invertida,
una voz que hace silencio,
una voz que cava y no sale
y no muestra
y nunca explica, ni dice,
a lo sumo
se desdice

y todavía se puede
tentar la paciencia
y atreverse con esto:
una voz es el tropismo,
la forma más pura
a la que tiende un verso, una voz
es el camino
que agita la espiral del zarcillo
en su busca de luz
o la raíz
en su busca de hormigón
todavía sin fisuras

leer a Robert Frost
mientras afuera llueve
y no saber
de la nieve más que
unas cuantas metáforas contadas por otras metáforas
y el frío
no es ese entonces
no es el de la nieve

escribir nieve
es invocar a Lezama
mientras se lee a Robert Frost
y mientras
en el poema de Frost
la tormenta arremete contra nosotros en la oscuridad
en el de Lezama
la nieve arremete contra el Caribe en el mediodía

y mientras ocurre
ese diorama
entre el bosque y el mar
y el frío de la nieve
y el calor mineral de la playa
surge
esta hebra nueva

sin nieve ni bosque
apenas un patio
donde corre el agua de la lluvia

un trópico miniatura
donde el oleaje está tan lejos
como la nieve

la tormenta
sin embargo
es la misma amenaza arácnida allá afuera

aquí cerca
muy cerca
de las almohadas que ya nos llaman

silencio abunda
en la casa del regreso, en los clósets aquellos de
tablilla
pintada de blanco donde mordían las cucarachas
su porción de oscuridad al borde del sueño

abunda la afasia
en esas sábanas donde aprendí a masturbarme
para pasar el tiempo con los osos domesticados
y las mazorcas tintadas
de negro para confundir el corazón del carbón

luego fui un niño o un roedor
dormido en las hojas del maíz,
en los surcos fértiles del patio que formaron las manos
del abuelo siempre muerto y su machete herrumbroso
en las penumbras
de pupilas silvestres y medusas de luz fibrosa

golpe de azada
abunda en el silencio y la falta de palabras,
tierra removida
en la orilla de los bosques ralos
donde apuntaba la luna el iris calcáreo de su odio

la mano inutilizada para la poda del
limonero

se convierte poco a poco en el desván
de las arañas

hojas tumorales
tonos amarillos ajenos
al verdor fresco
que imaginábamos filtrándose en la
casa

terrazas de materia momificada
de palabras vueltas capullo
cítricos abortos que jamás
dulcificarán la luz

esa luz
para la que fueron creados
por divino designio

—ese mandato del Misterio
se arrastra, cimbra en el verso más
simple:

el fulgor de un limón—

En los bordes de la carretera hay una marea de verde zacate muy alto

Y solo es visible si de improviso alguien se da la vuelta y lo nota cuando la velocidad se anula

Delante del tiempo de nuestra vida hay carros detenidos y un puente donde ondea la bandera del país que nos aprisiona

Pero aquí hay un viento suave como de soñar antes del quiebre súbito del sol contra las cortinas

Hay un mar

El viento del sueño frágil entra en el zacate alto y se disemina y es luz y llega hasta la carrocería como la ola pequeña que hace años no me baña los pies

El efecto es un mareo también como cuando el mar líquido retrocede y deja un arenoso inmenso espejo esquirolado que aprisiona el cielo en la magia de los moluscos

Y me entra vértigo en lugar de agua salada

Me golpea viento y verdor en los ojos y en la sed y en
la semilla de la bilis negra

En lo profundo de eso verde ahí donde las corrientes se
vuelven reposo veo los peces atravesar como dormidos
ese lugar equívoco con sus branquias

la vaca negra
y su ternera
detenidas en lo hondo
del cauce, el agua
arremolinándose
en las ocho patas,
el brillo del sol
filtrado por el aura
ya fantasmal
del ido bosque
reverberando
en el cuero negro
sobre las costillas,
y pasar de largo,
no mirar, no quedarse

la marea se detiene
si se entrega la voluntad al suspenso
de la separación entre la tinta y el papel

¡así se regula o se filtra la intensidad
o se acrecienta el deseo

—saliva se derrama del hocico del perro—

no muere la curva afilada del grafo:
potencia su nado o su carrera a oscuras
—secreta saliva—
blindando la llama que suda agua

no me turbe la ilusión
de un espejo adosado
a la tierra
donde cada noche cárdena,
emergiendo
de la dentada negrura
que alza la floresta,
se acercaran los pinos
abrevantes, sedientos
de reflejos
de astros, dentelladas
proferidas por el agua
que miente
donde solo miente
quien dice ver,
pues ver es el nido
de alacranes
o el tacto
de la lengua
que roza la superficie helada
del vidrio:
no pidamos espejos uncidos
a raíces,
náufragos de salones sin luz,
no, no pidamos

reflejos del reflejo
del tránsito nocturno
sobre los ramajes húmedos
ni que caiga la resina
sagrada sobre aguas
sin movimiento:
narcisos florezcan y retornen
a batallas de amor,
germinación de estanques
con fugaces peces koi

semejantes a llamas las formaciones del zacate estrella en aquel sitio conocido y no. al bajarme del bus dije *recordaré que tenía el zacate esa forma de llamas detenidas.*

y altos árboles alrededor del camino de tierra apelmazada que subía hasta el recodo. el recodo era la sombra de uno de esos árboles. hojas secas caídas. barro. matapalos.

sentí felicidad de haberme bajado en aquel paisaje. aquel sitio de doble máscara. conocido y desconocido. sueño ante todo. ajeno a lo evidente de la vida en vigilia. familiar en lo más remoto de mi geografía.

un espejo invadido por la vegetación. casi nublado el espejo reflejando cortes de cielo blanquecino que llegaban a través del follaje. ¿me miraré en el espejo? no tuve el valor. supe del mal que acecha en los espejos que aparecen.

súbito ojo. párpado insuficiente.

tras el recodo el potrero que desapareció con una exuberancia que no fue suya. que quise suya cuando componía frases sobre él. todo antes de la extinción.

recordaré este sueño. en este sueño donde tuve miedo fui también en exceso feliz.

queridos amigos:
siento que ya no escribo poemas
o cuentos
o novelas, que ya no escribo más literatura,
que hay un lugar llamado vida
donde la muerte de los instantes se pasea
entre las espigas de luz que yo deseo decir,
un deseo decir espigas de luz es lo que escribo
y continúo,
no paro cuando la espiga se desgrana
y hace chispas de luz en la luz, la muerte
en la vida, la muerte en la muerte, vocablo
que es el búho de las dunas, roedor
que huye y mano que lo sigue, adentro
donde cava lento y duro el gusano
de marfil hermoso que es todo lo que un día pude
haber dicho
y no dije
porque no supe, no me educaron
para decir marfil, porcelana,
solo hueso y sarro, viento del sarro,
ola de mugre pero muy viva, animal de barro, culebra
hecha de viento, flauta casi,
casi pene: órgano hueco que en la violencia besé,
y curioso que todo esto sea

como estar enfermo y volver de la enfermedad
al aire pantanoso, estar enfermo y solo por enfermo
estar vivo y pujando hacia las aguas malas,
curioso que nada de esto sea un párrafo tras otro
o un armatoste de golpe y efecto
como tantos buenos bañaderos de parquecito,
te enmontaste, bestia,
te enmontaste vos que de pulcritud pediste
vaso y melodía,
y el Señor que te concede frutos rojos
de hervida sangre
te habla todavía melifluo, todavía, curioso,
todavía

(celdas, ramajes, arcos)

no más claridad: arrastrémonos
al embudo, al túnel
que se abre más allá de lo sólido
para entregarnos a lo débil,
a su reino de tensión pasajera, de ausencia
nerviosa de palabras:
allá a lo lejos se atisban los enjambres
invisibles, las semillas,
el agua que flechará los cruces,
los nudos donde se alimenta
la madre —y su habla y su lengua—
que habrá —por nuestro bien— de abandonarnos:
mirá el vacío,
la escombrera junto a la ventana del claro,
el animal que huye de lo húmedo
y estampa sus gritos en estelas de polvo,
ahora el ojo que habitamos
tenso y compacto y sin solidez, sin detén,
arriba y alrededor nuestro:
he aquí el camino entre ventisqueros
y pájaros tenaces,
no fue fácil cegar
nuestros innumerables ojos

tierra vibrátil, cadenciosa,
una película de nítricos verdes
que se desplaza,
una deriva

una próxima tormenta,
la secreta amapola que no conoció la brisa
de gris metálico, los peces que huyeron
bajo la espiral de la espuma

paja, hebras mojadas
sobre patios y ventanas —un rayo enredado
en los pinares—
y golondrinas atónitas
miran al caracol que rompe las olas,
cielo abierto con su arena

(condicionantes para seguir)

la pregunta *hacia dónde* y las macetas
que de pronto hallaron boca en la penumbra,

aunque me animo a escribir que todo lo sepultado
en la hiedra blanca reverdece,

lo difícil es *convencer*
cuando el rostro pálido —un diente de león—

al final de la umbría pregunta *por qué y cómo*
y no se atreve a rozar el abismo ni con la liviandad
de los vilanos,

queda entonces la manzana definitiva,
la madeja sin rabo del *seducir*:

aclarar —hasta donde sea posible—
que bosquejo o jadeo no implica sinrazón,

¿no pide buen talento figurativo
la canasta de manzanas o la ilusión del espejo
adosado a la tierra?,

¿y agarrar este lápiz —como te pedí—
no implica inmediato revuelo del aire para recuperar
algún invisible?,

tranquilo, dibujante, cazar conejos o golondrinas
abre todavía claros frescos en las telarañas de la
señora razón

como muy luego se verá

(ángeles, colibríes)

mientras ellos rozan en vórtices
los huesos, estamos bosquejando boquiabiertos,

sobrevuelan parterres lanudos de hierba espumeante
donde apenas se electriza su sombra un segundo

y levantan chispas en amarillas corolas diminutas,
en un grillo que se espanta
y salta

entran en dominios de claridad sospechosa
—la oscuridad es ese rastro de nervios partidos,
un diente de león en el acto de dispersarse—
desde donde ven el más allá como una excrecencia
exterior,
de un orden adventicio, mientras esas regiones de
interior
que las sienten moverse —peceras de paja llenas,
anguilas enanas—
en sus vítreas entrañas
no dejan de repetirse *son otra vez las golondrinas*,
y se tensa el aire encerrado
que acuchillan y dividen, ajenidad interior
y exterior,
plumas cuyo sitio
es ningún sitio:
ahora volver al reino de los ramajes sonámbulos
siguiendo el rastro maestro del desengaño

y si pudiera recordar un antes
que no fuera parte de estas noches
maniatadas por el ámbar mojado
de las calles de este pueblo,
antes de este caer incesante
del agua dividida sobre arbustos
y esas nubes de seres subterráneos
que orbitan en la marea de las resinas,
la hipnosis
de este septiembre gris y remoto
donde entré con mansedumbre
—como no se debe—
y una voz me dijo *vení, cordero,*
lejos quedarán los oscuros bosques,
en la década de las desapariciones,
y si pudiera recordar un antes
no querría, a pesar del moho
y un salado gusto a madrugada,
que la lluvia cesara jamás

aunque no se parezca
a tu vida, es tu vida
o eso que llamás tu vida,
tu hilacha,
la hebra del sentido,
el comemaíz
que picotea en el zinc
muy cerca de la ventana
que se abre
a las espinas, es tu vida
la que tendrá
que pasar a través
de los filis, atardeceres
mudos que ya no son nada
para nadie y hacer
equilibrio entre lo soñado
—o los espejos adosados
a la carnal tierra—
y lo visto por vos
a través del ojo lejano
de aquellos peces
hoy macerados
en el estanque ciego

mirá la lluvia que temerosa llega
y el reflejo de tu hermana en los
nuevos charcos
la egoísta satisfacción de las piedras
que pisa en su retirada
sobre los espejos que se astillan
ese viento que llegó con la mañana
y ese estómago sucio tuyo
que no se decide a soltar
los escombros de la región más baja
del existir

arrancar una planta
feroz, salvaje, sin
medida
y traerla a casa,
a una maceta
puesta —hoy sí,
mañana no— al sol
y esperar que siga
siendo feroz, salvaje,
pero verla morir
aunque la luz,
aunque el agua,
aunque la tierra...
¿qué más?,
¿hacen falta los espejos,
las manzanas,
las golondrinas, para entender?

el viento
que irrumpe
en el cedro
y el zopilote
arriba,
atrás y lejos,
un instante
en el despejado,
anómalo cielo
sin tormenta
de agosto:
nubes extranjeras
deshilándose

el gato se agita
ante su propia mirada
que lo acecha
desde el espejo uncido
a la tierra:

se crispa y mira
lo que mira,
mirándolo

y lloverá pronto
con un goteo de huesos al sol

se irá el gato
pero no su huella
en el limo de las imágenes,
la mirada tensa volverá,
volverá,
ya muertos espejo
y escriba,
volverá

que me nuble
poco a poco,
que gota a gota
no entienda
y retroceda
al círculo
 de las llamas,
¿quién dice mi nombre
en este conjuro ajeno
y esgrime rocosos
parajes agrestes
contra la luz de las pupilas?,
que me nuble
poco a poco, repite,
que enceguezca
hasta ser solo fragancia
ante el pájaro nocturno
que me beberá

hundí las manos
en la tierra
y traje al día
la maraña de raíces
y vértebras,
envuelta en mi ropa,
que amé años atrás

*hábleme —le dije—,
hábleme del infierno,
de los muertos,
del trono,
de los vermes...*

en el verano grueso
el mar se abre
a nuestros pies
sin que hayan sentido nunca
la respiración del oleaje

¿quién iba a decirme
que cruzado
el umbral de una edad
incierta
podía encontrarme
arrodillado —humillado—
ante la efigie
de mi pequeño dios
—rey de los nimios—
rogando mansedumbre
y frío?

el hoy
fue ayer,
será la siega
de mañana

signo de un obrar
cuya morada
se desconoce,
o también ranura, herida
en el mundo
por donde avizora
su reino lo eterno:
así acontecen
por sus ojos lluvias,
tundras, nieves
perpetuas, pelajes
inmaculados recién nacidos,
una cierta forma floral
a través de la cual valdría
la pena reencarnar

aquellas ramas que aniquila
pensando que destruye maleza
corroída
renacen siempre con furia
de la tala y de la ira,
aventajan su propia humana
resistencia
—tan centrada en el hilo fantasma
de su vida—
y descubren jadeo de luces
en las cenizas
que desde el aire limpio convocan,
y ya no impuras ni corroídas
entran con sus nuevos estandartes,
sin huecos nombres,
en el reino de la dicha

¿quién vendrá a la espera
si no vienen las aves
y la luz que agoniza
sobre la ciudad invariable?

llamas hacia el oeste
y aquí plumas y sombras
ante iluminadas fugaces vidas

hoy se llenan los cementerios,
hablan los muertos
desde las hogueras
que sembraron en la vida de los vivos:

su porvenir existe
en las flores que mojan
los chubascos efímeros,
en la caminata lenta,
impersonal, rara,
que hacen las ascuas del incendio,
bajo arqueados cipreses,
hacia las tumbas:

he venido con mi ardor
a sembrar viva muerte
en mi futuro, he venido
a contemplar la tierra
que será entonces mi único aire

sería inútil
no buscar
el origen de la sangre
que abre
la senda entre helechos
y se pierde, oscilante,
en el bosque

retorna la araña
entre la flor
y la muerte, secos
párpados empañan
lo que fue mosca
y baba de luz
se hace cascada
desde el borde,
el borde y la araña
donde pace
el abismo, la vida
corta su respiración
y nace el limbo
en que vivirá
la eterna tela
en su temblor

entra el sol
por los agujeros
que abre el hambre
 en las hojas altas,
llueve sobre ascendentes
lanzas verdes, tan suaves
todavía, transparentadas
 ante esa luz
 que se arrastra
hacia la tierra donde cimbra,
tan suave todavía,
 el capullo
 del futuro espejo
 enterrado

granos sanguíneos
 cabecean
en los meandros
 arenosos
del aire seco,
rompen un rubor
contra las nubes
 indistintas,

 izan anzuelos
 que pescan
 colibríes
mientras se alzan
sobre la mesa
del lienzo, sucias,
 las cortinas
 blancas

¿qué te dijo la sangre?,
 ¿qué lengua inventó para vos?,
brillaron esporas
 en el aire
estancado con cada
 paso que diste
sobre la hojarasca,
 y en el corazón
flameante, ahí
 donde se detenía
el rastro de la herida,
 alzaste la mirada
para ver dos gavilanes
 grises partir
desde pastizales cercanos,
 su grito,
su espiral de vuelo,
 la presa futura
y su sangre, la sangre,
 ¿qué cifra te dio
ante este desastre?,
 del vuelo
nacen las aguas,
 el lago celeste

deshace la niebla
y estremece
tus manos,
esas membranas
que, en la ira,
desesperado
y angosto, condenaste
a la opacidad,
pero ya lo dijimos
una vez
y conviene recordarlo:
nada impide
el paso de la luz

el hongo velado
por la araña
lagrimea desde el costado
del árbol mártir
un agua nítida
jamás llamada
por tentación alguna
 sangre

vértebras de un animal
 marino
reposaban a la sombra,
entre carnosos mangos maduros
que levitaban
en nube ocre del mar díptero,
lenguas de gato
lamían lo último que conoció
el abrazo de las aguas,
bajo el peso de la sal
y no desde el aire

orden que barre
 planicies
abocadas al blanco
recuerdo del paso
 entre dunas
hacia el mar del gigante
—el párpado del prepucio
recogido sobre sus arrugas
al contacto del agua caliente—
 y golondrinas
con su vuelo bajo siendo
 semillas
inflamables años después
 ahora casi noche
 para traer el paso
 entre dunas
hacia el mar del gigante:
 un cuarto de baño
 cargado de caracolas
 con el eco del vuelo
 graznando
 seminal espuma

pinos, pinos,
ciprés,
pinos, pinos,
tormenta que rept
lenta
hacia las frutas podres
que adornan los alfileres,
pinos, pinos,
borrasca, aves en nubla huida hacia el
ciprés

no vale propiciar
la muerte
mientras agiten
polen esos colibríes
abiertos
mudos
y dioses protejan
la memoria
del bosque
que no fue bosque
y acudan palabras acres
ricas
metálicas
en conjuro del colibrí
como la noche

torbellinos invaden
las ramas
y el perro teme
en la distancia:
a solas en su jardín
 ladra
y crecen oscuridades
en los árboles
cuyo nombre
es todos los árboles:
no habrán de florecer
el miedo en el perro
solitario, en los nidos
que se agitan:
la tormenta venidera
germina con serenidad
 en la gracia

días erizados
vestidos de
púas

en los que no abrevan
cerca
de nosotros
los pájaros

jadea la enredadera
hacia los frutos maduros
de la cima
y con esa misma paciencia
suya que miro
buscaré —piedra bajo la lluvia—
las palabras perdidas
que me respiran

centinelas, llamas
en la frente ungida
de la hoja asaeteada

gotean semillas
en la parábola del grillo
y murmuran las avispas
en su palacio escamado:

lloverá esta madrugada
entre luciferinas bestias

parpadea la luz
de la oscuridad repentina
a la claridad malva del después,
 abre y cierra
su ojo el astro del oriente
y lucha por renacer, débil:
es tenue la llovizna del vacío,
del parpadeo, leve y pajiza,
gramíneas de otro mes,
 de otros cerros

de la sepultura del roedor pequeño
brota un roedor más grande,
salta entre espinas
y latas oxidadas
y busca sombra, agua moviente,
lejanía

se deja ver
entre malezas
y cercena su presencia
de nuestros ojos al instante,
arrastra consigo el secreto
de haber vuelto:
el garrobo, el colibrí
y los pequeños peces,
los destellos en el agua,
serán sus testigos

ya entrada la noche
vi las arañas a contraluz:
un único bombillo blanco
en la esquina de la casa
recién desocupada
atravesó el patio, irradió
a través de las palmeras,
el mango joven, el mirto,
los jengibres y el culantro,
mostrándome el laberinto
que habían tejido, iluminado,
sobre cables y maderas viejas:
pequeñas, en silencio,
delicadas maestras se movían
en el vórtice hilado
y parecían hablarse, decirse
algo con las patas desplegadas,
con sus brillantes múltiples ojos

la noche es el lugar
donde queda apenas,
tras la tormenta vespertina,
un goteo remoto
sobre el estanque involuntario y
opaco
crecido entre macetas vacías:

con ella habrá que aprender
paciencia,
don de espera,
pues ahí sobre ese mismo estanque
no visto por nadie, aislado y remoto
en un patio cualquiera,
ajeno al sueño de las criaturas,
germinan el azahar y la clavelina
que habrán de alumbrar sin fin,
aurorales

hilo de días
en que la lluvia
va y viene,
y los pájaros
no buscan refugio:
buscan padecerla
y a ella se abren
y resurrectos sus cantos
aguardan no solo al sol,
a la luna también,
presencia reclamada
en cada rincón del monte,
en cada claustro
donde aguarda también su tiempo
otra claridad, otro decir
aún indescifrable

con el temporal ido
recuperan
su honda claridad
las pozas
de la quebrada
y en ellas,
prístinos como desgajados del aire,
ofician los peces
las espirales de sus vidas
y mantienen vivo
el reflejo del ramaje
en la undosa nueva plata,
y también aguardan
sol y luna
y los acecha la suavidad de la tierra
en amenaza,
las tramposas riadas
que todavía lloran

y me vi peregrino sin abandonar
mi patio enmarañado,
me vi sacar de la tierra hierbas
anónimas y volverlas arbustos
cuyas yemas eran llamas,
y vi llamas velando mis ventanas,
abejas levantando torres y celdas
en las lejanías oscuras, aquí
en los nudos de las ramas,
y el río que atravesé sin barca
lo llevaba yo dentro:
en el laberinto sin reposo
que abría, cada tarde, en mí la acidia,
en las rutas del limón y la palmera,
comprendí que colgaban
como el mundo de Su mano,
la rosa roja y la rosa blanca

quitar malezas,
descubrir el hormiguero

tallos que cercena
el herrumbre filoso
y arriba, obstinado,
el sol

el sol o un pastor
de nubes y aguas
que se compadece
de tu piel enrojecida
y trae a pastar sobre estos muros
a los rebaños tormentosos

NOTAS

El último poema de la serie *Médanos* contiene, además del epígrafe de Mirta Rosenberg, fragmentos de *El jardín secreto*, anónimo tratado bizantino que entrelaza la mística cristiana y los rosales, y de “Escribir”, poema-manifiesto de Chantal Maillard.

El verso “el fulgor de un limón” —que en su complejísima sencillez y su grave poso metafísico me deslumbrará hasta la extinción— citado en uno de los poemas-nota de la serie *Mansedumbre*, puede leerse en el *Canto fúnebre a la muerte de Joaquín Pasos* de Carlos Martínez Rivas.

ACERCA DEL AUTOR

Byron Salas es escritor y librero. Cursó estudios de filosofía en la Universidad de Costa Rica. Publicó la novela *Mercurio en primavera* (Lanzallamas, 2017, Premio Nacional Aquileo J. Echeverría; Punto de Vista editores, Madrid, 2021) y los libros misceláneos *Mar de fondo* (Lanzallamas, 2021) y *Marsupiales* (Lanzallamas, 2024). Es autor, además, del libro de cuentos *Gloria al amor sombrío* (Encino ediciones, 2019) y de poesía: *Zarcillos* (Libros Humildes, 2022) y *Animales que el amor vuelve humo* (Pre-Textos, Valencia, 2023).

Corrección filológica: *Natalia Salas S.* • Revisión de pruebas: *Graciela Gutiérrez J.*
Diseño de contenido, portada y diagramación: *Daniela Hernández C.*
Imagen de portada: "Cler", 2022. Fotografía en blanco y negro, *Guillermo Barquero U.*
Control de calidad de la versión impresa: *Raquel Fernández C.*
Realización del libro digital: *Mauricio Bolaños B.*
Control de calidad de la versión digital: *Hazel Aguilar B.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Edición digital de la Editorial Universidad de Costa Rica. Fecha de creación: abril, 2025

Valoramos su opinión.
Por favor [comente esta obra.](#)



Adquiera más de nuestros
libros digitales en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

La licencia de este libro se ha otorgado a su comprador legal.

Mansedumbre es un libro organizado en cuatro secciones que buscan mostrar un paisaje y una forma de vida, ambos ligados al ejercicio de la poesía como un modo de estar en el mundo. El paisaje es siempre doble, interior y exterior, y nunca aparece en una sola de esas dimensiones, está siempre enmarañado entre lo vivo y lo muerto, lo humano y lo no humano (animal, vegetal, fúngico, celeste). Como notas de campo o ejercicio diarístico, hay aquí una propuesta que entronca con la mística: la mansedumbre por la que se busca comprender la gracia de lo dado.